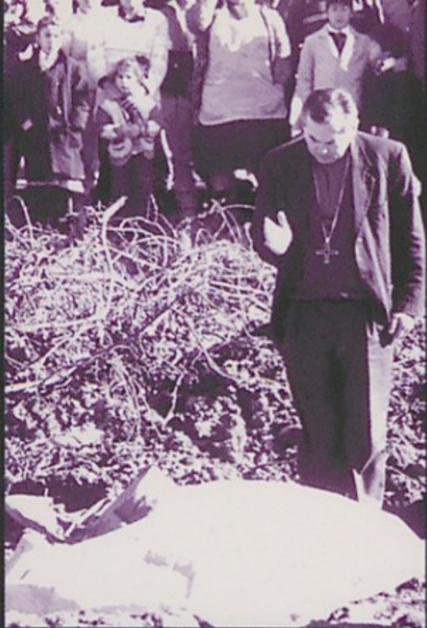


LEBRET



**aproximación a la obra
del padre Guido Lebet Guillois**

Eduardo Bravo Pezca



Recordando a Lebret

El padre Guido Lebret era porfiado, bueno para el fútbol, los combos y muy juguetón, dicen quienes lo conocieron a lo largo y ancho de los cincuenta años que duró su permanencia física por estos rumbos. Llegó de Francia a mediados del siglo que se fue y sólo alcanzó por unos cuantos meses a saber qué se sentía estar en el futuro, en el siglo XXI. Tal vez este mundo extraño no le correspondía y por eso Dios, su jefe, lo llamó a jubilación celestial anticipada, a los 74 años cuando su salud era excelente y sus ganas de servir estaban intactas. Fue Dios el que lo llamó con ese don de mando y vozarrón que debe tener el señor de arriba al que es imposible negarse.

Inconfundible era el ronroneo de su austera citroneta por las calles de Talca, Lebret usaba una barba tan larga que casi llegaba a su vientre de sacerdote gringo, francés, avecindado en Talca a comienzos del año 1950, y convertido en leyenda tras su incomprensible muerte junto al pequeño Eduardo Espíndola a quien llevaba al colegio, como todos los días.

PATROCINA

EL CENTRO

De la Séptima Región

© *Eduardo Bravo Pezoa, Septiembre 2000.*

ediciones e-m@ule

7 Norte 204, of 306, Talca

Director

Pablo Badilla

Diseño y Diagramación

Andrés Cartes

Héctor Labarca

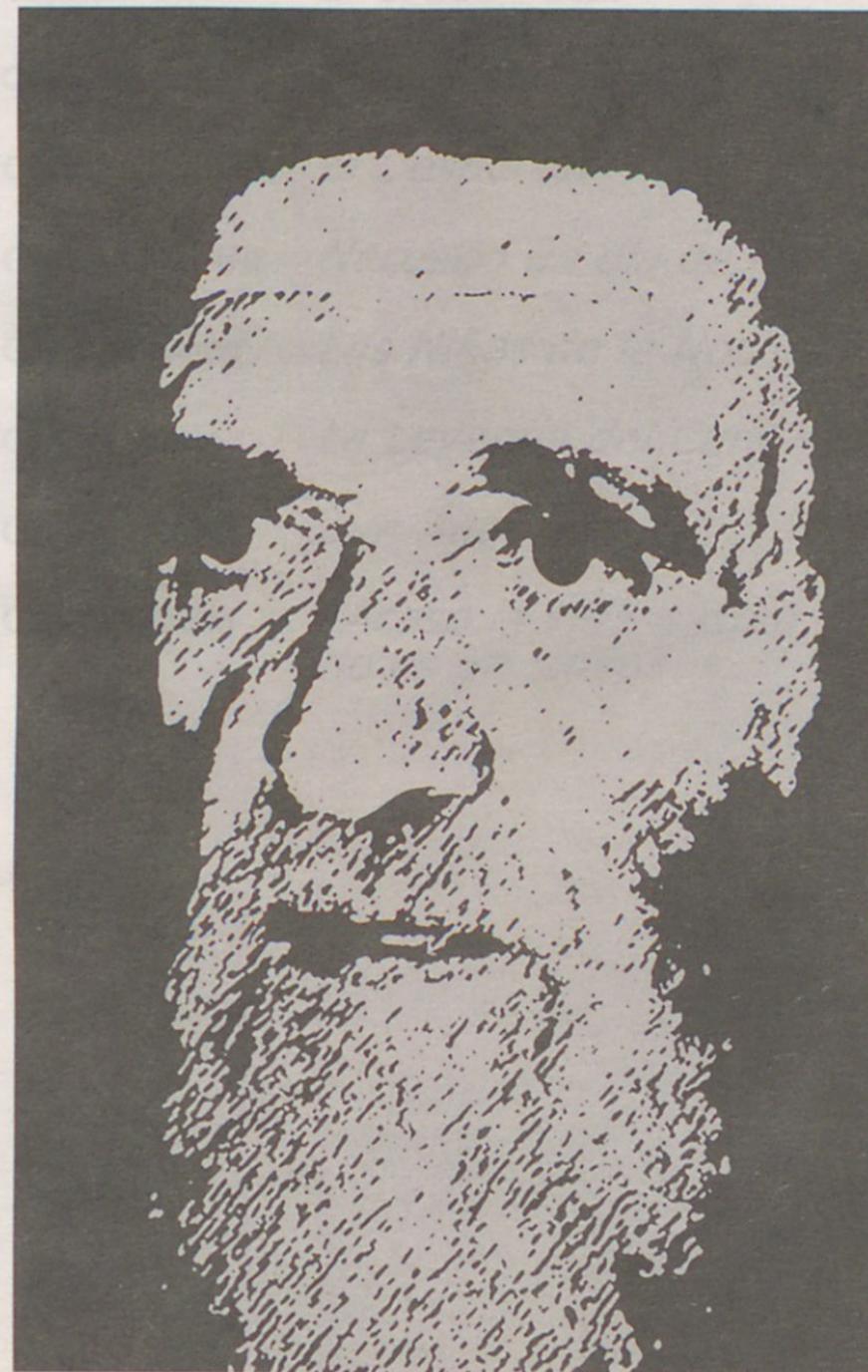
Foto Portada

Keno Rodríguez

Impresión

Gutenberg Talca

Se prohíbe la reproducción total o parcial de este libro
en Chile y en el exterior sin autorización previa
de sus autores.



Las ambiciones de reconstruir la vida de un hombre como Guido

INDICE

7	Prólogo	
9	Capítulo Uno	<i>El Cruce Fatal</i>
17	Capítulo Dos	<i>¿Quién fue Guido Lebret?</i>
25	Capítulo Tres	<i>El Despertar</i>
31	Capítulo Cuatro	<i>Necesito un día de 48 horas</i>
41	Capítulo Cinco	<i>Las Niñas de la Noche</i>
51	Capítulo Seis	<i>La Leyenda del Cura Rojo</i>
53	Capítulo Siete	<i>¿Un Ángel?</i>
65	Capítulo Ocho	<i>¿Acaso la vida misma no es un exilio?</i>

Prólogo

Las ambiciones de reconstruir la vida de un hombre como Guido Lebret Guillois se diluyen cuanto más se avanza, cuanto más profundo se viaja por los vericuetos de su existencia terrenal y por el pensamiento del polémico barba gris, el hombre de la citroneta y de la miel.

Los capítulos que conforman este libro dan prueba de lo anterior porque no proponen una investigación cerrada sobre el sacerdote francés, nacido en 1926, y fallecido trágicamente en el lluvioso invierno talquino del año 2000.

Pretendemos ofrecer el punto de partida con el valor de los primeros cronistas del llamado cura rojo, o cura del pueblo, sacerdote comprometido con los marginales, con los que sufren, religioso independiente, porfiado y bueno para el fútbol y la pelea. Un hombre que no temió a la noche, ni a las amenazas, ni a los pasajes más oscuros de la ciudad para redimir a las prostitutas del barrio rojo talquino, ni tampoco para enfrentar al Papa Paulo VI en el Vaticano, exigiendo una postura clara de la Iglesia en defensa de los Derechos Humanos en nuestro país.

Lo que viene a continuación está deslavado de tinte político, y tiene la rigurosidad del testimonio, recogido a modo de entrevistas periodísticas, realizadas a menos dos meses de ocurrida su muerte a quienes conocieron de cerca a este ser humano excepcional. Pretendemos, sin afán de literatura descollante, abrir una puerta para que futuros investigadores profundicen, o para que esta obra sea aumentada.

Ahora sólo podemos asombrarnos ante el cortejo fúnebre que siguió a su muerte, a la calle de los prostíbulos embanderada a media asta, gente común, fervorosos anónimos, diputados, políticos y autoridades saliendo a despedir al cura del pueblo. La ciudad con dos días de duelo.

La conmoción por su deceso tiene eco hasta hoy, mientras en el lugar de su muerte, junto a la del pequeño Eduardo Espíndola, se hacen los esfuerzos para levantar un santuario. Lo que sigue es un testimonio de vida, una investigación periodística que es al mismo tiempo un ejemplo de valentía, y consecuencia ineludible.

El Autor

Talca, septiembre de 2000





Minutos antes de la una de la tarde del día miércoles 12 de julio de 2008, el sacerdote Guido Leoni, Guzmán junto a su primo-hermano, Eduardo Espinosa, de sesenta años de edad, fueron arrollados por una locomotora en el cruce ferroviario de la calle 14 Sur en la periferia de la ciudad de Talca. Según testigos, que a esa hora eran numerosos en el lugar, la camioneta del padre detuvo su marcha repentinamente entre los durmientes del paso y bastaron algunos segundos para que se escuchara el ruido de la mezcla sorda de

El Cruce Fatal

generado por el impacto, aunque en el momento del choque se vio como un flash fotográfico, un pestacheo, dicen quienes presenciaron la tragedia.

El padre Leoni salió despedido por el parabrisas, pero Eduardo no. El pequeño quedó atrapado en la camioneta, falleciendo ambos en forma inmediata, tal como fue constatado por el magistrado del Primer Juzgado del Talca, Vicente Pichón, quien más tarde ordenó el levantamiento de los cuerpos minutos después de que el Obispo de Talca, monseñor Horacio Wasth, se hiciera presente en el lugar para decir por el sacerdote fallecido un último adiós acompañado.

El cruce de calle 14 Sur tiene una intersección con la gran avenida que se advertió desde la lejanía que había sido una zona permitida la recta libre para el tráfico de vehículos que se movía en sentido de la calle 14 Sur y que se movía en sentido de la calle 14 Sur, como se recuerda al menos

"El padre no había dormido la noche anterior al accidente"

Ese día, con el día anterior, y la noche anterior al accidente, y tal vez esa vez que se movía en sentido de la calle 14 Sur y que se movía en sentido de la calle 14 Sur, como se recuerda al menos

"El padre no habla de la noche anterior al accidente"

"Esa día conversé con él"...

Minutos antes de la una de la tarde del día miércoles 12 de julio de 2000, el sacerdote Guido Lebret Guillois junto a su pequeño acompañante, Eduardo Espíndola, de seis años de edad, fueron arrollados por una locomotora en el cruce ferroviario de la calle 14 Sur, en la periferia de la ciudad de Talca. Según testigos, que a esa hora eran numerosos en el lugar, la camioneta del padre detuvo su marcha repentinamente entre los durmientes del paso y bastaron algunos segundos para que se escuchara el estruendo, una mezcla sorda de vidrios y fierros, luego un chirrido muy agudo generado por la pesada máquina arrastrando al frágil vehículo. "Fue como un flash fotográfico, un pestañeo", dicen quienes presenciaron la tragedia.

El padre Lebret salió despedido por el parabrisas, pero Eduardo no. El pequeño quedó atrapado en la camioneta, falleciendo ambos en forma inmediata, tal como fue constatado por el magistrado del Primer Juzgado del Crimen de Talca, Vicente Fodich, quien más tarde ordenó el levantamiento de los cuerpos minutos después de que el Obispo de Talca, monseñor Horacio Valenzuela, se hiciera presente en el lugar para orar por el sacerdote católico y su infortunado acompañante.

El cruce de calle 14 sur tiene una visibilidad excelente, el tren puede ser advertido desde la lejanía que hacia el norte y al sur permite la recta línea férrea. Nadie se explica por qué el sacerdote no advirtió esa mole gigantesca que terminó con su vida y con la de Eduardito, como es recordado el menor.

Ese día, con la repentina partida del cura Lebret, partió también su leyenda, y tal vez este trágico accidente sirvió de combustible para alimentar el mito que generó en vida este hombre excepcional, "el cura del pueblo", como era llamado por amigos y también por sus detractores.

Antes de morir...

"Me voy, pero volveré"

"La mañana del 12 de julio era radiante, aunque muy fría, y el padre se estaba quedando dormido en la camioneta mientras leía", relata Antonia Seguel, asesora del cura Lebret en las labores del hogar "El Despertar" (que el religioso fundara un 11 de septiembre de 1959). Todavía hay pesar en el rostro de esta mujer abnegada, que junto a su esposo Ramón, compartió con Lebret sus últimos años de vida terrenal.

Un dato crucial, y que no fue considerado en la investigación que rodeó a la muerte del sacerdote, es el que nos proporcionó la señora Seguel, porque tal como asegura, el padre Lebret había pasado en vela toda la noche acompañando a los enfermos graves en el Hospital Regional de Talca.

"Esa mañana estaba muy cansado y en la noche anterior no se acostó (como lo hacía regularmente). Inclusive estuvo afuera, sentado en la camioneta azul, había mucho sol, el día estaba muy bonito, pero hacía frío. Y como adentro estaba húmeda su pieza él estuvo afuera leyendo, sentado en la camioneta. Durante la mañana una de las chicas me dijo, sabe tía, el padre está leyendo pero se está quedando dormido. Lo fui a ver y se le doblaban las rodillas, y le dije, padre, venga adentro que le enciendo la estufa... No Antonia -me dijo incorporándose- después hago la 'siesta de los burros'.

Esa conversación la tuve como a las 11 y media de la mañana. Antes de eso el padre hizo las misas en La Salle y en El Buen Pastor como era su costumbre diaria, luego trámites bancarios y posteriormente fue a visitar al contador que llevaba los gastos de la corporación El Despertar. Cerca del mediodía estuvimos viendo unas cuentas, después de eso conversando con un señor, afuera, en la calle. Ese encuentro fue especial y lo recuerdo bien porque el padre me dijo: Antonia, éste es el caballero del que le he hablado varias veces, fue a él a quien lo saqué de los fierros en ese accidente de auto... El señor, del que no me acuerdo de su nombre, estaba con su hija..., eso fue premonitorio creo yo".

Antonia Seguel reconstruye esa mañana, no sin tomar aliento de cuando en cuando, y mirar la mesa donde tenemos apoyados los brazos, donde está también la grabadora y la libreta de apuntes, y también la presencia del sacerdote francés. Era la misma mesa y el puesto que ocupaba Guido Lebret para almorzar todos los días.

"Ese día conversamos harto, estaba lleno de planes, se acordó incluso que tenía proyectado un viaje fuera del país, a Colombia, porque él era sacerdote Eudista, y su obispo jefe estaba en Colombia. Sus planes de viaje eran para agosto y con regreso a Chile antes de las Fiestas Patrias, que para él eran muy importantes porque Chile era su segundo país".

"El padre estuvo toda la mañana acá...", prosigue con su relato la señora Antonia. "Incluso estaba muy contento porque el 14 de julio había sido invitado a la Embajada de Francia, en Santiago, porque celebraban la fiesta de Independencia de su país, y esto es un detalle importante ya que me dijo, -Antonia le voy a dar un pololito, quiero que me lave esta ropa para ir con ella a Santiago. Luego de eso se fue por esa puerta, no lo volví a ver con vida. 'Me voy, pero volveré', me dijo. Tenía muy pegada esa frase, pero ese día mintió porque no volvió. Fue la única vez que me mintió... Le estaba lavando su ropa cuando me vinieron a avisar del accidente..."

Niños al colegio

Antonia sigue con sus recuerdos para ayudarnos a reconstruir esa mañana tan especial, en apariencia tranquila y hermosa, que terminó abruptamente en la muerte del famoso cura Lebret. "Cerca de la una se fue al sector oriente a dejar a unos niños que no tenían clases en la tarde y regresaría sólo con Eduardo Espíndola que estudiaba en la enseñanza básica del Colegio Manuel Larraín, en el barrio Oriente de Talca.

El padre tenía un furgón escolar, pero era mi esposo Ramón quien lo manejaba. Sin embargo, el padre Guido se ofreció para ayudar con su camioneta azul, porque a esa hora tenía un rato desocupado y no le gustaba holgazanear ni por un minuto; la idea del transporte escolar se le había ocurrido a él para ayudar a financiar el hogar de niñas y estaba funcionando hacía tres años".

"A Eduardito lo tenía que llevar al colegio porque tenía clases esa tarde. A esa hora fue el accidente. Y como siempre los hechos se distorsionan al comienzo, a mí me dieron otra noticia. Estaba lavando esa ropa del padre cuando tocaron el timbre insistentemente. Era un hombre de un prostíbulo el que golpeaba la puerta y me dijo, tía, le vengo avisar del accidente. ¿Qué accidente? le dije, porque mi esposo

también había salido en el minibus, y el padre en su camioneta. Fue el del transporte escolar y murió con los niños, insistió. Salí corriendo, creí que era mi marido... en la esquina un señor se ofreció para llevarme. ¿Qué pasó?, le pregunté, y entonces me dijo.. fue el padre Lebret... no su marido.

Cuando llegué al cruce había mucha gente y carabineros, no sé cómo pasé las barreras y toqué al padre, todavía tenía calor en su cuerpo, después me sacaron..." La locomotora estaba más al sur, reconstruye emocionada, "y la camioneta estaba lejos y el padre más lejos, en el suelo, no se cuantos metros habrían, Eduardito en cambio no salió del vehículo, quedó adentro...".



Uno de los tradicionales centros de enseñanza donde estudió Guido Lebret, en Europa.



Escribimos en los numerosos papeles y escritas que no fueron destruidos luego de su muerte para reconstruir la vida del sacerdote Guido Lebret Guillot, especialmente proporcionados para esta investigación por la encargada del hogar "El Despertar", la señora Antonia Seguel.

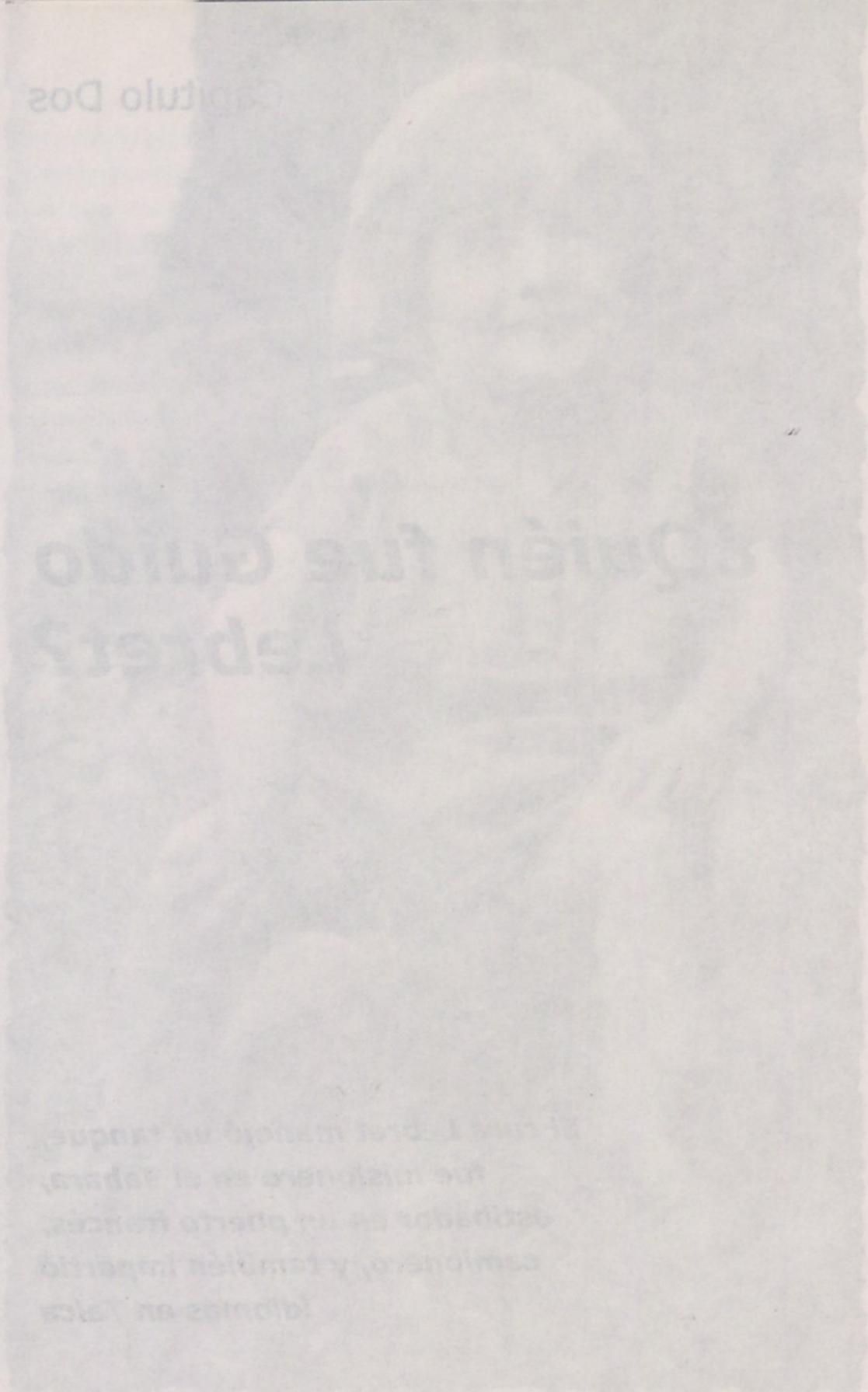
Lebret nació en Fronda, el 9 de junio de 1926, adquirió la doble nacionalidad cuando llegó a Chile en 1950. Un dilatante desde la niñez, realizó sus estudios primarios en Estambul, Turquía, entre los años 1931 a 1936 y los secundarios en Francia, el bachillerato primera parte

¿Quién fue Guido Lebret?

Se consoló en magnos ese año, cuando el mundo se estremó por el Mundial producido, encarnizados batallas territoriales, apado por el tiempo domina por tener Roma, hasta finales del conflicto bélico vivió en su Navigado y sus estudios filosóficos en un seminario de la congregación Eudista en Francia. En 1946, dejó realizar su servicio militar obligatorio, como lo muestra la fotografía en azul que aparece a bordo de un tanque francés en los difíciles años de la reconstrucción luego de concluida la configuración. Cumplida su obligación militar, desde ese mismo año 1949 el religioso asume la difícil misión que le depusieron sus estudios teológicos siendo por fin investido como sacerdote en 1949, obteniendo su licencia de Teología en Roma, en el año 1950. Meses después viaja a Chile para realizar clases en el Seminario San Pedro de Talca, hoy Colegio Integrado Fierro, allí permaneció por cinco años impartiendo clases de Latín, Griego, Historia y Geografía.

El cura Lebret manejó un tanque, fue misionero en el Sahara, estibador en un puerto francés, camionero, y también impartió idiomas en Talca

Se dedicó a enseñar y a aprender y vivir nuevas experiencias para radicarse en Chile, se desempeñó como misionero en el Sahara, como estibador en un puerto francés, como camionero y también impartió idiomas en Talca a un grupo que se creó por completo de la nada. Sacerdote, estibador de mercancías en un puerto de Francia y cargador de camiones en el mismo puerto.



Escarbamos en los numerosos papeles y escritos que no fueron destruidos luego de su muerte para reconstruir la vida del sacerdote Guido Lebet Guillois, especialmente proporcionados para esta investigación por la encargada del hogar "El Despertar", la señora Antonia Seguel.

Lebet nació en Francia, el 9 de junio de 1926, adquirió la doble nacionalidad cuando llegó a Chile en 1950. Un diletante desde la niñez, realizó sus estudios primarios en Estambul, Turquía, entre los años 1931 a 1936 y los secundarios en Francia, el bachillerato primera parte en 1942, mientras que la segunda parte en Filosofía, en 1943, como consta en el currículum que él mismo escribió, de puño y letra. Se convierte en religioso ese año, cuando la cruenta Segunda Guerra Mundial producía encarnizadas batallas y Francia, su patria, era territorio ocupado por el terrible dominio del Tercer Reich. Hasta finales del conflicto bélico cursó Lebet su Noviciado y sus estudios filosóficos en un seminario de la congregación Eudista en Francia. En 1946, debió realizar su servicio militar obligatorio, como lo muestra la fotografía en que fue captado a bordo de un tanque francés en los difíciles años de la reconstrucción luego de concluida la conflagración. Cumplida su obligación militar, desde ese mismo año 1949 el religioso asume la difícil misión que le deparan sus estudios teológicos siendo por fin investido como sacerdote en 1949, obteniendo su licencia de Teología en Roma, en el año 1950. Meses después viaja a Chile para realizar clases en el Seminario San Pelayo de Talca, hoy Colegio Integrado Poniente. Allí permaneció por cinco años impartiendo clases de Latín, Griego, Francés y Química.

Su vida da saltos y se va acomodando con su tremenda inquietud por aprender y vivir nuevas experiencias. En 1956, deja Talca y Chile para radicarse nada menos que en pleno desierto del Sahara, en Argelia se desempeña como pastor. Y como las vueltas de su existencia fueron como los múltiples engranajes de una sola máquina, en 1957 se dedica a un oficio que se aleja por completo de la tradicional ocupación de un sacerdote, estibando la carga en un muelle de Francia y luego siendo cargador de camiones en el mismo puerto.

De regreso a Talca

Pero esta vida en apariencia fragmentada tuvo un orden superior. Y este orden al parecer lo condujo del viejo mundo directo a Talca, a un pueblo grande con aires de ciudad en la mitad de Chile, perdido en el borde del mundo, tan típicamente clasista a medio camino entre lo campesino y lo urbano.

Después de recorrer el Sahara y de sus trabajos de fuerza bruta como estibador en Francia, Lebret asume como Vicario cooperador en la Parroquia Santa Teresita de Talca. Pero ser un cura párroco jamás le interesó, porque no quería estar encerrado en una parroquia sino ayudar a la gente. Y con creatividad, ya bordeando el año 1959, empieza a gestar lo que será una obra imperecedera, el hogar de acogida para prostitutas, "El Despertar".

Con ayuda proveniente de Europa y con su propio esfuerzo adquiere un camión que él mismo comienza a manejar para así obtener los primeros recursos que cimentarían esta corporación. La experiencia ya la tenía como estibador en Francia, así es que asumió con agrado el trabajo de camionero, reparando las panas mecánicas él mismo. Este duro oficio de sacerdote camionero y de liberador de prostitutas lo ejerció desde 1959 hasta 1973, paralelo a las obligaciones propias de su labor sacerdotal.

El autoexilio

En mayo de 1973 abandonó el país como anticipando las terribles consecuencias que la polarización política provocarían en Chile. Aunque se encontraba en Cuba, invitado por Fidel Castro junto a otros 16 sacerdotes chilenos y argentinos, lo sorprendió el Golpe Militar. De su breve estadía en Cuba se marchó a Francia y luego a Italia donde trabajó como empleado en una central metalúrgica, pero no como obrero, sino realizando trabajos de oficina en la ciudad de Milán.

Entre los años 1974 y 1978 profundizó sus estudios al mismo tiempo en que trabajaba para ganarse la vida. Por aquellos años se embarcó en un diplomado de estudios generales los que cursó en la Universidad de Roma, obteniendo paralelamente su licencia para poder enseñar español, idioma que había aprendido en su estadía en Chile, lo que perfecciona en 1980 con un master en español y una licencia

universitaria de enseñanza en letras modernas. Por ese entonces dominaba los idiomas italiano, portugués e inglés, los que sumó a su conocimientos de Latín, Griego y su francés natal. En julio de 1986 postuló a la jubilación. Y llegó nuevamente a Chile donde siguió con su obra más querida, el hogar de niñas "El Despertar".

En 1992 contrata como encargada a Antonia Seguel y a su familia, con la que vivió hasta su trágica muerte en julio de 2000 a los 74 años de edad. Hoy quedan 10 mujeres en riesgo social, protegidas por la corporación que ayudó a fundar un día 11 de septiembre de 1959.

Lebret, por Guido Lebret

Y como es interesante conocer a una persona por medio de lo que otros han dicho de él, es más valioso aún dejar que el propio personaje de este libro hable de sí mismo, en un escrito que tuvimos la suerte de encontrar. Aquí se muestra toda la vitalidad de este cura atípico.

"Soy sacerdote desde 1949. Comencé el noviciado en 1943, en la congregación de Jesús y María. Nací en Francia en 1926 y enviado a América del Sur en 1950, tengo también la nacionalidad chilena. Nunca he estado en disidencia con la Iglesia Católica y ella es la que me metió en la evangelización de la clase trabajadora y me permitió, para no decir que me envió, a trabajar como obrero siendo yo hijo de patrón y de familia burguesa. En 1946 hice el servicio militar como "pelado" de segunda clase, porque no había tercera, precisamente para conocer por dentro obreros y campesinos de menor nivel cultural que los 'hijos de su papá'. El Golpe de Estado me pilló en Francia, al lado de mi padre anciano y enfermo. En París, donde viajé la misma noche del 11, me telefonaron que no viajara por ningún motivo para Chile porque me habían llamado por los bandos militares y, como no me había presentado, estaba fichado ...".

En Europa durante su largo exilio, que ya era oficial porque no se le permitía volver al país, Guido Lebret se unió a la causa de los chilenos que repudiaban el Gobierno Militar ganándose amenazas anónimas y una constante hostilidad de parte de partidarios del régimen de Augusto Pinochet. El propio Lebret escribió mientras se encontraba en el viejo mundo. "Periódicamente el Obispo de Talca, mi Obispo, viajaba a Europa y cada vez viajaba yo, de donde fuera, para juntarme con él,

una prueba más que nunca estuve desconectado de esta iglesia, a veces demasiado ambigua, que quiero a pesar de todo y que sirvo desde hace 56 años. En una de estas visitas, Don Carlos González Cruchaga, primo hermano del 'beato' Alberto Hurtado Cruchaga y de la prestigiosa actriz de teatro, la famosa 'Desideria', me dijo: 'se supo en Chile que escribiste en un diario italiano que Pinochet era un carnicero... ¡Pero hombre, con declaraciones como éstas, jamás podrás volver a Chile. Le contesté: ¿es cierto o no? y usted cree don Carlos que el problema es que yo vuelva o no a Chile, no es más bien un deber denunciar estas masacres para que cesen, y para la Iglesia una obligación de tomar claramente posición en defensa de los Derechos Humanos'".

Así fue Lebret, aguerrido. Y para mejor comprensión de su forma de vida aquí entregamos otro documento valioso. Se trata de un extracto del Centro de Investigaciones Socio Culturales de la Biblioteca Bellarmino en Santiago; es un ejercicio llamado "Estilo de autoridad", un cuestionario de tres preguntas simples, que contesta Lebret y que transcribimos a continuación.

¿Cómo definiría usted su estilo de autoridad?

"Suaviter et Fortiter". "En un primer tiempo mucha suavidad y acogida caridad. Al correr del tiempo energía, rendimiento, eficacia, orden, "por la razón o la fuerza". (Creemos evidente apuntar esta ironía).

¿Considera usted que su estilo de autoridad ha cambiado a través del tiempo?

"No fundamentalmente. Sí en cuanto a más realismo, menos apuro, más paciencia con la fragilidad humana".

¿Tiene dificultades en el ejercicio de su autoridad?

"Sí, porque me acusan de andar con espolón, de ser agresivo y arrasador. Por otro lado, si actúo con decisión y firmeza y quizás dureza, es para ir en defensa de los atropellados, aguanto mucho y quizás demasiado en lo personal".



El pequeño Guido a los 4 años.

Respetan a los demás. No se aceptan ni la inmoralidad, ni el matonaje, ni la insolencia, ni las amenazas. El hogar es para todos, pero no es propiedad privada de nadie."

(Guido Lebret, 1953)

El padre Lebret tenía virtudes de sobra, eso parece lugar común en medio del insólito fervor que despertó su abrupta vida. Sin embargo, esas virtudes de las que tanto habla la gente ahora se las llevaría el recuerdo y permanecerían en la historia popular, en la leyenda, si no fuera por el hogar El Despertar, esa obra de gigantesca dimensión solidaria que el religioso escogió como frente de batalla. Primero acogiendo a prostitutas, luego a mujeres pobres, marginadas, con problemas conductuales. Hoy solo quedan diez niñas en las dos casas que Lebret destinara -gracias a un comodato con el Obispedo- al cuidado y rehabilitación.

El Despertar

Recientemente, el 11 de agosto de 1988, El Despertar celebró 41 años de existencia. Desde un comienzo fue la ocupación principal de este sacerdote que pidió el permiso correspondiente a la Diócesis de Toluca para consagrar primero a la ayuda de jóvenes marginadas y no, como es el régimen común de muchos religiosos, hacerse cargo de una parroquia. El mismo prior definió la misión del hogar en un escrito de insuperable y legible letra que dejó entre sus efectos posteriores. Fechado en el año 1988 acepta claramente el sentido de su esfuerzo y de quienes en él lo ayudan, confundidos a veces con los derechos y deberes de sus moradores.

"Este hogar pretende ser una casa de educación, una casa de respeto en la que sus integrantes respetan a Dios, se respetan a sí mismos y respetan a los demás."

"Este hogar pretende ser una casa de educación, una casa de respeto en la que sus integrantes respetan a Dios, se respetan a sí mismos y respetan a los demás. No se aceptan ni la inmoralidad, ni el matonaje, ni la insolencia, ni las amenazas. El hogar es para todos, pero no es propiedad privada de nadie"

(Guido Lebret, 1988)



Lebret y su madre, Agosto 19...

El padre Lebret tenía virtudes de sobra, eso parece lugar común en medio del inusitado fervor que despertó su abrupto adiós. Sin embargo, esas virtudes de las que tanto habla la gente ahora se las llevaría el recuerdo y perecerían en la historia popular, en la leyenda, si no fuera por el hogar El Despertar, esa obra de gigantesca dimensión solidaria que el religioso escogió como frente de batalla. Primero acogiendo a prostitutas, luego a mujeres pobres, marginadas, con problemas conductuales. Hoy sólo quedan diez niñas en las dos casas que Lebret destinara -gracias a un comodato con el Obispado- al cuidado y rehabilitación de la mujer oprimida.

Recientemente, el 11 de septiembre de 2000, la corporación El Despertar celebró 41 años de existencia. Fundado en 1959, desde un comienzo fue la ocupación principal de este sacerdote que pidió el permiso correspondiente a la Diócesis de Talca para ocuparse por entero a la ayuda de jóvenes marginales y no, como es el legítimo camino de muchos religiosos, hacerse cargo de una parroquia.

El mismo Lebret definió la misión del hogar en un escrito de impecable y legible letra que dejó entre sus efectos personales. Fechado en el año 1988 acotaba claramente el sentido de su esfuerzo y de quienes en él lo ayudaban, confundiéndose a veces con los derechos y deberes de sus moradores.

"Este hogar pretende ser una casa de educación, una casa de respeto en la que sus integrantes respetan a Dios, se respetan a sí mismos y respetan a los demás. No se aceptan ni la inmoralidad, ni el matonaje, ni la insolencia, ni las amenazas. El hogar es para todos, pero no es propiedad privada de nadie. Abierto en el año 1959 tiene la perspectiva de durar más allá de la estadía de los que ahí están ahora. Esto significa respeto de la casa, evitar gastos inútiles, de luz y agua por ejemplo, evitar deterioro en el edificio, los árboles o el jardín y ayudar en forma solidaria a proteger y cuidar las cosas."

En el hogar se vive en comunidad. Los que mandan ahí son la encargada y el encargado (...). El ideal es la paz y la armonía. Para conseguirlas, cada persona debe saber lo que tiene que hacer, ocuparse de sus cosas, no provocar por su egoísmo enojos y rencores y respetar a los encargados y el reglamento de la casa. Todas las personas en la mesa común comen la misma comida, sin privilegios para nadie, ni cauceos aparte, excepto en caso de enfermedad o necesidad para la salud. Nadie debe prestar prendas de ropa, ni venderlas a otra persona dentro del hogar, porque es una fuente inagotable de envidia, enredos y

problemas absurdos". Ciertamente al leer este extracto sus normas revelan estrictez como también sabiduría y convivencia, valores que muchos hogares constituidos de este tiempo posmoderno necesitan.

En la actualidad, la Corporación El Despertar está en manos de la encargada que dejara el padre Lebret, la señora Antonia Seguel, a quien reiteramos nuestros agradecimientos por permitirnos acceder a los secretos de este hombre ordenado y a conocerlo más, que desde luego es el fin de este pequeño libro.

De los prostíbulos

Otra de las páginas escritas por el sacerdote Guido Lebret corresponde a una interesante declaración de principios en los que involucra a la Fundación El Despertar, en su lucha por la emancipación de las mujeres sometidas en contra de su voluntad en los prostíbulos de la calle Diez Oriente de Talca. Creemos conveniente citarlos.

"-Identificación por el catastro de los dueños de las propiedades donde funcionaban los prostíbulos o cabarets. (Lo que a la fecha es lo mismo).

-Advertencia a dichos dueños de la prohibición por la ley de arrendar un edificio para fines de prostitución.

-Cierre de todos los clandestinos en forma cuerda y progresiva

-Dar atribuciones y credenciales como inspectores a personeros de la Fundación El Despertar para inspección permanente y vigilancia de la aplicación de ley, estilo JAP: ley de alcoholes y ley de estados antisociales.

-Cancelación de patentes a los que burlan las leyes y transforman el cabaret en prostíbulos.

-Revitalizar la medida de orden permanente de "allanamiento y descerrajamiento si fuera necesario" por Carabineros e Investigaciones de todos los lugares de diversión nocturna, cabarets y prostíbulos.

-Exigir un pronunciamiento claro del Poder Judicial sobre actuaciones extrañas y discriminaciones según se trate de proxenetas o de prostitutas, menores o mayores.

-Control sobre respeto de las leyes del trabajo en las personas de servicio: artistas, músicos, cocineras, vendedoras, etc. Para asegurarse que en realidad no son prostitutas u homosexuales disfrazados".

Sin duda que esta breve enumeración y orden mental del sacerdote

Lebret en los años en que encaró esta verdadera cruzada por redimir prostitutas, demuestran el nivel de convicción que el padre tenía con respecto a la difícil tarea que se autoimpuso. Labor que le granjeó innumerables enemigos y también la admiración de las redimidas.

"Necesito vivir de algo y no sólo del viento, ni de la caridad pública, sin ningún estatuto de vida", escribió Lebret. Y esta particular forma de ganarse la vida lo tiene en la historia de Talca y en la del mundo cristiano.

"Un hombre Creativo"

El hermano de la congregación De La Salle, Leoncio Hernández, aporta y nos ayuda a entender parte del sacrificio que significó para el cura Lebret la difícil mantención del hogar de niñas "El Despertar".

"Lebret fue un hombre comprometido con su vocación Eudista, él fue siempre un misionero. Pidió autorización para trabajar en una línea bien definida que era la ayuda a la gente marginal. Y no crea que fue fácil, porque para ayudar a esas niñas el padre debió ser muy creativo.

Era muy inteligente Lebret. Se las tuvo que arreglar para tener ingresos y mantener el hogar. Buscó estrategias para ganar el dinero que necesitaba por lo que adquirió camiones que él mismo manejaba en un principio -y con ese aporte- más el que a veces le llegaba de Europa, era capaz de mantener a 20 niñas. En ese sentido fue muy creativo para solucionar problemas económicos, tenía muchas ocurrencias y manejaba muy bien las cuentas, de verdad era meticuloso y ordenado para las finanzas. El mismo nos contaba cómo los camioneros al rendir las cuentas, trataban de engañarlo, pero nadie lo engañaba..."



"En 1946 hice el servicio militar como *pelado* de segunda clase, porque no había tercera, precisamente para conocer por dentro obreros y campesinos de menor nivel cultural que los *hijos de su papá*".

Pocas personas pueden darse el lujo de dormir por 8 horas cada día y vivir al 110 por ciento; así era el padre de los Lebrón, un hiperactivo del trabajo, un comprometido a fondo con lo que hacía, claro en su misión de vida. Y así se unió gravitante desde los últimos años de su existencia, así también un signo con nombre y apellido que lo acompañó desde siempre, tal como lo distinguen las múltiples actividades (para el mundo se encargaba de registrar a mano) y su permanente inquietud por aprender y avanzar dejando de lado, en último lugar, su propia existencia.

Nada más claro que los testimonios que circulan a continuación recogidos durante el fuego helado que dejó al padre al marcharse aún no se había terminado un día de su vida con un día de alegría y...

"Necesito un día de 48 horas"

De La Salle a recibir... esperaba... quién comparto con él por mucho tiempo. Más de veinte años, incluso hoy sentado sobre la misma mesa, quinta y oficinas, donde el padre leía la prensa todos los días. "De le pidió a él que nos hiciera la mesa diaria, el tanto de... al que quería hacerlo. Además no tenía compromiso para que por lo que le resultaba más cómodo para venir y estar junta a nosotros", recuerda el religioso.

¿La citroneta que tenía el padre era de plástico o de un conchazo?
"Claro, él nos compró a nosotros la citroneta, él era muy sencillo así es que el modelo de transporte lo hizo muy fino, y la citroneta podía volar cuando fallaba".

¿Era un cura muy independiente?
"Siempre fue muy independiente, entonces calculaba sus tiempos... venía pero acá...".

Ajetreos de su vida diaria

¿Dormía muy poco el padre, como puede una persona vivir con tan poco sueño?

"Muy concentrado, dormía... muchas veces quedaba sus cosas... leyendo la prensa, escribiendo en el libro de la casa de hermano...".

Pocas personas pueden darse el lujo de dormir dos o tres horas cada día y rendir al 110 por ciento, así era el padre Guido Lebret, un hiperkinético del trabajo, un comprometido a fondo con lo que hacía, claro en su misión de vida. Y este es un aspecto gravitante no sólo en los últimos años de su existencia, sino también un signo con nombre y apellido que lo acompañó desde siempre, tal como lo atestiguan las múltiples actividades (que él mismo se encargaba de registrar a mano) y su permanente inquietud por aprender y entregar dejando de lado, en último lugar, su propia existencia.

Nada más claro que los testimonios que ofrecemos a continuación recogidos cuando el fuego helado que dejó el padre al marcharse aún no se extingue, y permanece en el aire rondando con un dejo de alegría y emoción a quienes lo conocieron.

Todos los días, de lunes a viernes, el padre Lebret concurría al colegio De La Salle a celebrar la misa. A las siete de la mañana en punto lo esperaban en esa congregación, como el hermano Leoncio Hernández, quien compartió con él por mucho tiempo. Más de veinte años, confiesa hoy sentado sobre la misma mesa, quieta y silenciosa, donde el padre leía la prensa todos los días. "Se le pidió a él que nos hiciera la misa diaria, él tenía disponibilidad, él quería hacerlo. Además no tenía compromiso parroquial por lo que le resultaba más cómodo para venir y estar junto a nosotros", recuerda el religioso.

¿La citroneta que tenía el padre era de ustedes en un comienzo?

"Claro, él nos compró a nosotros la citroneta, él era muy sencillo así es que el modelo de transporte le iba muy bien, y la arreglaba como podía cuando fallaba".

¿Era un cura muy independiente?

"Siempre fue muy independiente, en la noche trabajaba en el hospital, entonces calculaba sus tiempos, dormía dos o tres horas y de ahí se venía para acá...".

¿Dormía muy poco el padre, cómo puede una persona vivir con tan poco sueño?

"Muy concentrado, dormitaba ocasionalmente durante el día. Porque muchas veces se quedaba acá hasta las diez, o las once de la mañana, leyendo la prensa, escribiendo en el salón de la casa de hermanos.

Tomaba desayuno con nosotros de lunes a viernes, algo muy breve, conversábamos y después se quedaba trabajando, a veces también recibía alguna visita y de aquí salía a realizar sus diligencias antes de irse para su casa. Lebret no paraba".

¿Por su condición de sacerdote francés hacía misa a los Hermanos De La Salle?

"Bueno, hay varias razones, una de ellas es que fue ex alumno de los Hermanos De La Salle en Europa. Por más de veinte años estuvo celebrando la misa acá en la comunidad. Además, con él compartíamos muchas otras cosas, conversaciones en francés, le comprábamos miel, y también íbamos a visitar el hogar con alumnos del colegio para que conocieran esa realidad. Su vida fue muy aportadora en ese sentido".

El padre Lebret era Eudista...

"Claro, los Eudistas vienen de San Juan Eudes, quien fundó esta congregación para el servicio de los seminarios, es decir, los hogares de formación de sacerdotes. Sin embargo, él acá en Talca no estaba con los Eudistas, pero no es que los haya dejado, sino que pidió autorización para vivir en la Diócesis de Talca donde no hay Eudistas, porque en Chile ellos tienen comunidad sólo en La Serena. Es por eso que cuando Lebret llegó a Talca, vivió sus primeros años en el seminario San Pelayo.."

¿Jugaba fútbol ahí también?

"En el seminario se puso Ranguerino.."

Hermano Leoncio, ¿el padre Lebret era su amigo?

"Sí, desde luego que éramos amigos. Una muy buena persona por lo demás, él nos alegraba la mañana, nos contaba chistes, era muy amena la conversación de todos los días".

¿Tenía enemigos?

"No diría enemigos, sino que gente que no hablaba bien de él. Además no es que fuera polémica su vida sino que era muy comprometido, no quiero decir un comprometido políticamente, sino socialmente, con la gente pobre y marginal. Entonces en aquellos años del Gobierno Militar fue mal interpretado. Y como la gente más necesitada era de izquierda, fue cuestionado".

El insistió en que no era comunista, que nunca fue marxista

como lo hacían ver...

"No, en absoluto. Cómo va a ser comunista un sacerdote consagrado, un religioso..."

¿Qué le parece a usted esa ayuda que el padre le brindó a las prostitutas, se le acusó incluso de vivir con mujeres?

"Su finalidad fue siempre muy positiva desde el comienzo, su intención era ayudar a esas niñas para sacarlas de la prostitución, educarlas, y darles la oportunidad de rehacer su vida porque del hogar salían efectivamente a estudiar o a trabajar limpiamente, una vez que estaban recuperadas se casaban, formaban su familia, etc. Entonces, creo yo que la gente que lo criticaba era de los prostíbulos que reclamaban porque Lebret les quitaba a sus explotadas. Ellos incluso (gente de los prostíbulos) también se metían al hogar para a su vez rescatar a las rescatadas... Pero el padre no tuvo enemigos, creo yo. A nivel de Diócesis fue siempre muy apoyado".

¿Y esa barba tan larga, esa permanente acción y disponibilidad para todo da cuenta de un sacerdote poco común?

"Así fue su modo de ser, siempre. No le importaba mucho el qué dirán. Para nada. Los sacerdotes pueden llevar el pelo largo, la barba larga. Además que era independiente de la Diócesis porque no tenía parroquia y su vida era el hogar que él administraba. Aunque no era del todo independiente porque tenía que dar cuenta al Obispado, desde luego, porque hacía un trabajo de Iglesia".

¿Cómo recibieron ustedes la noticia de la muerte del padre Lebret?

"Desechos porque ese mismo día en la mañana, en el desayuno, nos estuvo contando sus planes: se iba a Santiago el 14 de julio para celebrar el día de Francia, se disculpó por no hacernos misa ese día y el siguiente. Se iba a encontrar con algunos amigos franceses en la embajada. Estaba tan optimista que cuando le ocurre ese golpe violento, a nosotros nos impactó mucho, no hay que olvidar que fueron 20 años con él, todos los días.... "

Papas fritas...bien saladas

Quizás si una de las personas que más conoció a Guido Lebret en Talca fue la señora Antonia Seguel, quien junto a su familia, y las niñas que aún permanecen en la casa de la fundación El Despertar, vivió 8 años junto al sacerdote. Y es que la señora Seguel lo conoció en esa dimensión humana y menos formal que es tan necesaria para indagar, al menos con mediana profundidad, en la vida y el legado de este hombre.

Era el año 1992 y el padre había regresado ya de su largo autoexilio cuando Antonia leyó un aviso que publicó el sacerdote en el diario. Ella se presentó, habían varias personas para el cargo que solicitaba Lebret, pero quedó ella y su familia. El aviso que pedía el hogar "El Despertar" era simple, directo, pero muy importante: "Se necesita una mujer casada que sea un ejemplo para las niñas", las que el padre cobijaba, un ejemplo de familia. Así llegó ella y su familia y de inmediato quedó a cargo de todas las labores domésticas y administrativas del hogar.

"El padre Guido, sostiene Antonia, tenía niñas con problemas conductuales, de alto riesgo, prostitutas (pero menos) no como antes cuando de verdad las niñas eran engañadas en los prostíbulos".

¿Cómo era el padre en el trato diario?

"Muy amable. Yo siempre lo separé como hombre y como sacerdote. Como hombre siempre lo vi como esos del tipo ideal, muy gentil, muy especial. Y como sacerdote, él reunía tantas cosas positivas, que todos tenemos, pero una o dos, sin embargo en el padre eran muchas juntas y eso era lo que lo hacía ser especial. La carga de él era no poder hacer todo lo que quería. Siempre me decía, Antonia, yo necesito un día de 48 horas, aunque para él, para su persona, no había tiempo".

¿Y su agenda era apretada, entre atender a los enfermos del hospital, las misas, la mantención del hogar...?

"En la noche partía al hospital y amanecía allá, y en el día, a veces sin dormir, realizaba trabajos en el hogar, cosechaba miel y al mismo tiempo se preocupaba de financiar el hogar... Siempre lo estaban llamando de todos lados; que fuera a bendecir, a dar comunión. Si salía un enfermo del hospital, él lo seguía hasta que la persona moría o se recuperaba".

¿Cómo era el día del sacerdote? ¿A qué hora se levantaba?

"Es que muchas veces no se levantaba, porque no se acostaba. Sentía cuando a veces llegaba en su vehículo a las seis de la mañana. Seis y cuarto ya estaba en la ducha. Yo venía a preparar el desayuno y le decía ¡buenos días padre!: y él me respondía: 'No tan buenos porque yo todavía no me acuesto, a sí es que más rato voy a saber si va a ser bueno'. Venía del hospital. Hacía chistes... Tenía misa después a las siete en La Salle, todos los días, después a las 9:30 tenía misa en el Buen Pastor, donde están las ancianas terminales, el día sábado almorzaba con ellas, todos los sábados...".

¿Y cómo financiaba el hogar, recibía ayuda del Obispado?

"No, esto es una corporación que tiene dos camiones, con eso se financia. El Obispado le dio esta casa, en la 5 Sur esquina 10 Oriente".

¿Se siente acá la presencia del padre?

"Siempre lo siento, en todos lados, me hago la idea de que va a volver en cualquier momento..."

¿Almorzaba siempre a la misma hora, con todos sus compromisos?

"En ese sentido respetaba la hora de almuerzo. A las una y media almorzaba sagradamente. Y lo fundamentaba bien porque decía que el almuerzo lo prepara otra persona y lo sirve, y eso se respeta. La cena era su otra comida, no hacía once ni desayuno.

¿Cuál era el plato favorito del padre?

"Las papas fritas...y bien saladas. También los caracoles de jardín. El me decía, 'Antonia, ¿sabe usted cuánto vale una docena de caracoles en Francia?, mire... más o menos, cinco mil pesos'... Él me enseñó a cocinarlos y a comerlos, él me los traía, los recolectaba por ahí..."

¿Su salud era buena?

Sí, a pesar de sus operaciones, se le cayó la puerta de un camión en la cara, es por eso que tenía la nariz chueca (tubo una fractura de cráneo)...pero nunca, jamás, manifestaba sus dolencias..."

¿Y a usted, también le cambió la vida?

"Para mí fue una suerte haberlo conocido. Reunía demasiadas cosas buenas para los demás, nunca para él... A mí la gente me sigue llamando, déme algo, una foto de él, me dicen. Un día fui a verlo al cementerio y una señora me dijo, 'deje tocarla, usted vivió con el sacerdote'. Yo digo, que bueno que él dejó eso... Está enterrado en el cementerio, en la sección del Obispado. Pero todavía su lápida no tiene el nombre, sólo un papel y en la puerta un cartel con una flecha que dice Sacerdote Guido Lebret".

Su vida fue un llamado

En julio de 1999 Guido Lebret celebró 50 años de sacerdocio y para ello solicitó a sus superiores jerárquicos un año sabático. Viajó entonces a Europa y esto fue como un retorno a sus raíces, otra premonición de que su existencia estaba llegando a su fin. Dejó por unos meses lo que más quería, llevar la comunión a los enfermos del hospital y la atención del hogar El Despertar.

"La vida de Guido es un llamado. Es tan fuerte el llamado de Dios hoy día en los más pobres, en los sin casa, en los sin trabajo. En los que han tenido que vender incluso su dignidad para vestirse y comer. La vida de Guido es un llamado para nosotros hoy en Chile", dijo el Obispo de Talca, Monseñor Horacio Valenzuela, luego de la masiva liturgia donde casi todo Talca despidió al sacerdote.

"Pero también esta vida es una contradicción para esta época, porque yo estoy convencido que el padre Guido era un hombre enteramente feliz. Con una felicidad real y honda. Su alegría sin embargo, era una alegría distinta, algo extraña, una alegría responsable. La alegría del sacrificio, la alegría de la austeridad, de servir, de visitar a los enfermos en la madrugada, la alegría del camión con sus panas y sus problemas. La alegría en la defensa de los débiles, lo que le trajo muchas veces persecuciones, peligros e injurias".

El adolescente Lebret junto a toda su familia.





«En la Iglesia, al principio, viví como un salvaje, porque consideraban muy raro todo lo que yo hacía. Sobre todo cuando empecé a recibir prostitutas, y copucha era que yo vivía con 20 mujeres». (Y el cortejo pasó por la calle Diez Oriente)

El padre Guido Lebret era perfado, bueno para el fútbol, los cambios y muy juguetón, dicen quienes lo conocieron a lo largo y ancho de los cincuenta años que duró su permanencia física por estos rumbos. Llegó de Francia a mediados del siglo que se fue y sólo alcanzó por unos cuantos meses a saber qué se sentía estar en el futuro, en el siglo XXI. Tal vez este mundo extraño no le correspondía y por eso Dios, no jefe, lo llamó a jubilación celestial anticipada, a los 74 años cuando se saludaba con un beso en la mejilla y se despedía intacto. Fue Dios el que le dio la gracia de ser un hombre que debe tener el señor de arriba al que es imposible negar.

Las niñas de la noche

Inconfundible era el roncoteo de su voz cuando hablaba. En Talca, Lebret usaba una barba que le daba un aire de señor de la casa de sacacónes griega, francés, vecindario en Talca a comienzos del año 1950, y convertido en leyenda tras su incomprensible muerte junto al pequeño Eduardo Espindola a quien llevaba al colegio, como frida los días.

Un aspecto de bondadosa ferocidad, de estar siempre hablando en serio, de gravedad difícilmente penetrable, le daban al cura un aire de abuelo pardo, pero justo, que era capaz de caminar por las calles más oscuras de la ciudad sin que nadie se atreviera a molestarlo, el respeto se lo había ganado de joven aparrando a puñales a los proxenetas de la Diez Oriente para quitarles sus esclavas.

En 1926 nació este hombre ejemplar cuyo muerte decretó dos días de duelo y su cortejo fúnebre, calles repletas de gente y discursos encendidos. Porque era famoso el cura y lo sigue siendo. Hasta entrar al cementerio de Talca, donde reposa en un sepulcro que él mismo se encargó de construir.

(Entrevistas al padre Lebret publicadas en Diario El Centro, en los meses de enero y febrero de 1999)

disculpa de sí mismo, arrojando en el mundo una gran y hermosa siquiera conocida.

Las niñas de la noche

(En revistas de género Lebert publicadas en Diario El Correo y en los meses de enero y febrero de 1999)

El padre Guido Lebert era porfiado, bueno para el fútbol, los combos y muy juguetón, dicen quienes lo conocieron a lo largo y ancho de los cincuenta años que duró su permanencia física por estos rumbos. Llegó de Francia a mediados del siglo que se fue y sólo alcanzó por unos cuantos meses a saber qué se sentía estar en el futuro, en el siglo XXI. Tal vez este mundo extraño no le correspondía y por eso Dios, su jefe, lo llamó a jubilación celestial anticipada, a los 74 años cuando su salud era excelente y sus ganas de servir estaban intactas. Fue Dios el que lo llamó con ese don de mando y vozarrón que debe tener el señor de arriba al que es imposible negarse.

Inconfundible era el ronroneo de su austera citroneta por las calles de Talca, Lebert usaba una barba tan larga que casi llegaba a su vientre de sacerdote gringo, francés, vecindado en Talca a comienzos del año 1950, y convertido en leyenda tras su incomprensible muerte junto al pequeño Eduardo Espíndola a quien llevaba al colegio, como todos los días.

Un aspecto de bondadosa terquedad, de estar siempre hablando en serio, de gravedad difícilmente penetrable, le daban al cura un aire de abuelo parco, pero justo, que era capaz de caminar por las calles más oscuras de la ciudad sin que nadie se atreviera a molestarlo, el respeto se lo había ganado de joven agarrando a puñetes a los proxenetas de la Diez Oriente para quitarles sus esclavas.

En 1926 nació este hombre ejemplar cuya muerte decretó dos días de duelo y su cortejo fúnebre, calles repletas de gente y discursos encendidos. Porque era famoso el cura y lo sigue siendo. Basta entrar el cementerio y ver un papel escrito con una flecha que señala la dirección de su tumba a la que -nadie entiende por qué- aún no ha sido grabado el nombre. Quizás porque así fue este sacerdote en vida, un hombre culto, solidario y emprendedor, auténticamente descuidado de sí mismo, anónimo en favor de otra gente a la que ni siquiera conocía.

"A la buena, o a la mala"

Una entrevista publicada por diario El Centro de Talca en enero de 1999 le hace honor a sus andanzas, demostrando que los diarios van dejando una biografía urbana valiosa. El testimonio queda y es reproducible. "Aguanto hartito cuando soy yo el oprimido -dijo Le Bret al periodista que lo entrevistó- pero cuando veo a alguien que está siendo oprimido a mi lado, al tiro salgo a la pelea, físicamente incluso. Para salvar la vida de alguien que están matando, hay que hacerlo peleando". Así era el cura Le Bret, "a la buena o la mala", y sus palabras aún resuenan para confirmarlo.

Usted no le ha hecho el quite a la vida...

"El Evangelio dice que hay que temer a los que matan el cuerpo: hay que temer a los que puedan echarlo a perder a uno".

Y estas ideas le hicieron ganar enemistades en todas partes...

"Ah, por supuesto. En la Iglesia, al principio, viví como un salvaje, porque consideraban muy raro todo lo que yo hacía. Sobre todo cuando empecé a recibir prostitutas, y la copucha era que yo vivía con 20 mujeres. Y hasta las visitadoras venían a ver cómo el Obispo podía permitir un escándalo tan patente. Y yo les decía: vengan a ver cuando quieran, esto no se trata de inmoralidad; somos ocho personas tratando de dar la mano a la gente que puede ser otra. De hecho, hoy conozco ex prostitutas que son abuelas y tienen hijos universitarios. Todo ser humano puede cambiar".

Estas historias con las prostitutas son una leyenda por acá ...

"Claro, porque siempre hemos trabajado con ellas. Ahora no tanto, porque no vienen. Están más emancipadas y antes las secuestraban. Hoy trabajan libremente y después se van a la casa. Nosotros trabajamos para evitar la prostitución. Trabajamos con gente de extrema necesidad y en peligro moral. Y eso es gratis, sólo funciona con el aporte de dos camiones".

¿Por qué ese afán de trabajar siempre por la salvación de las prostitutas?

"Bueno, quería trabajar también con alcohólicos, pero me exigían que fuera recuperado. Y yo les decía que para ser recuperado, primero

tenía que ser alcohólico. Así es que estuve 10 años abstemio total para poder cooperar con ellos, pero al final no resultó. Era absurdo. Hoy eso debe haber cambiado, porque la gente evoluciona. Talca ha cambiado mucho. Yo trabajaba en el barrio Seminario, donde todos los cabros iban a misa con los pies pelados. Los zapatos era un lujo. Cuando llovía, los guardaban para no arruinarlos. Y eso que no era un barrio muy pobre. En general, la miseria era peor en los años cuando llegué".

Pero también encontraba más facilidades para sus acciones sociales...

"Yo, para subvencionar el trabajo en el hogar, me puse a trabajar en un camión. Yo le dije al Obispo que quería trabajar con los marginales. No me gustaba estar amarrado administrando una parroquia. Y me dijo que sí. Ahí empecé a trabajar con las prostitutas. Claro que antes de trabajar en la 10 Oriente, trabajé con los tísicos del hospital, y como había prostitutas tísicas, las dos cosas se juntaron."

¿Y cómo es eso de las prostitutas emancipadas?

"Antes estaban secuestradas y torturadas, les daban como caja, bajo el mando de los dueños del prostíbulo y los campanilleros que estaban ahí para ejercer la violencia. Y las deudas enormes que las comían. Las obligaban a comprar cosas y después les impedían salir si no pagaban las deudas, Investigaciones me venía a ver para preguntarme si yo compraba las mujeres, pero yo en realidad pagaba la cuenta - como cien mil pesos de ahora- y sacaba a las mujeres de allí. Les pagaba pensión en otro lado y las educaba. Y después, como ya eran muchas mujeres, salía más barato tener un hogar, "El Despertar". Los dueños de prostíbulos me pedían que no hubiera policía de por medio, que el trato fuera de persona a persona. Cuando nos encontrábamos, yo les decía lo mismo: mire, esta niñita va a salir, con todas sus cosas, y sin combos. Como usted hace negocios, sabe que a veces gana y otras veces pierde, y hoy le toca perder. A la buena o a la mala, las niñas salían igual. Yo de lejos escuchaba cómo los señores hablaban de mi parentesco".

¿Y cómo lo trataron los militares?

"Estuve afuera. Menos mal, porque tenían motivos para que me fusilaran. Por casualidad me invitaron a Cuba y después me fui a Europa. Tenía vuelta para el 7 de octubre, pero como el 11 de septiembre ocurrió lo que algunos llaman 'pronunciamiento militar', y que yo llamo Golpe de Estado y asesinato a mansalva, me quedé allá. Estaba en rebeldía y me iban a matar donde me pillaran".

¿A la vuelta no le pasó nada?

"Me hicieron unas cositas. Me zafaron la rueda delantera del vehículo y me rompieron una ventana pensando que tenía explosivos".

¿Hoy es posible aún el acercamiento entre las ideas cristianas y las marxistas?

"Todos los que son furiosamente antagónicos no han leído ni el Evangelio ni el Capital. En vez de decir, lucha de clases, hoy se dice antagonismo de intereses. Cuestión de presentar la misma mercadería con una envoltura distinta. Yo no he sido comunista ni marxista. Tengo mis ideas y cuando los Lores votaron tres por dos, ahí yo saqué la bandera. No por Pinochet, sino porque considero importante que existe una potencia supranacional que impida a los dictadores hacer lo que quieran. Y si pretenden enjuiciar a Fidel Castro, que lo enjuicien también."

El recurso a la soberanía sería entonces demagógico...

"¡Pero claro, si a mí me fueron a secuestrar a Francia, a las dos y media de la mañana!. ¿De qué soberanía me hablan? Me pusieron una nota diciéndome: 'vuélvete a Chile (sic) para que tengamos el gusto de degollarte como a un chanco' (...) En misa le dije a la gente que había dos problemas actualmente: que Rangers no baje a los potreros, y más importante aún, Pinochet. Y les dije que no hay que reírse de la desgracia ajena, que no hay que predicar el odio, y que dejemos a Dios arreglar las cosas, porque lo hace bastante bien. Y amén."

Lebret al rescate

Famoso fue Guido Lebret en esta cruzada permanente por rescatar a las prostitutas de la calle 10 Oriente de Talca, incluso el popular diario La Cuarta, luego del trágico accidente ocurrido hace dos meses tituló: "Niñas de la noche despiden al cura del pueblo". Es que el cortejo fue como pocas veces se ha visto en Talca y tuvo ese carácter polémico, como fue la vida de este cura tan especial. Polémico, porque se desvió para pasar por la calle 10 Oriente, (lo que estaba fuera de protocolo) una zona moralmente sucia desde el punto de vista más puritano pero que, sin embargo, fue el frente de batalla de Lebret.

Reproducimos acá parte de un reportaje publicado también por Diario El Centro y titulado, "10 Oriente al sur: El Placer en Ruinas", donde también se consignan datos sobre la empecinada batalla por rescatar a las prostitutas y darles la posibilidad de nueva vida.

"Famoso por estos pagos fue el sacerdote Guido Lebret, célebre por rescatar prostitutas, trabajo en el que se empeñó hasta que fue exiliado en 1973, según relató él mismo en la tranquilidad del hogar El Despertar, haciendo un alto en su intensa jornada diaria.

Había muchas niñas que se enfermaban del pulmón, porque en invierno soportaban el frío esperando a los clientes alrededor de un brasero, que como es obvio, no les calentaba la espalda y con el humo y las trasnochadas las hacía terminar en Tisiología del Hospital, allí empezó el diálogo y algunas me manifestaron el deseo de salir de aquella vida, muchas de ellas menores de edad".

Con su particular acento francés, el sacerdote contó en aquella entrevista que los empresarios de los prostíbulos -por llamarlos de algún modo- tenían a todas estas niñas encalilladas con deudas para que nunca salieran, esa era la forma de retenerlas cuando se daban cuenta del engaño y que tenían que prostituirse, transar su dignidad, para sobrevivir en la gran ciudad.

"Yo decidí pagar por ellas y darles refugio en la corporación El Despertar".

¿Y cómo lo trataban los militares?

¿Esto le trajo muchos problemas?

"Por supuesto, incluso un vez el prefecto de investigaciones de ese tiempo vino a verme y me dijo, mire padre, yo he sabido que usted se dedica a comprar mujeres, a lo cual yo respondí: no es precisamente eso lo que hago, señor prefecto, yo pago por su libertad, cancelo las deudas que las tienen amarradas a esa vida. Pero eso es un delito, me dijo el prefecto, si quiere nosotros las sacamos sin pago, a quienes quieran abandonar la prostitución. Entonces, tanto mejor, dije yo."

¿Y la gente de los prostíbulos supo de este trato con la policía?

"Un día, el dueño de un prostíbulo me dijo: padre, trate de no meter a la policía en esto, mejor hagamos el trato de persona a persona, y así fue. Yo me involucraba por defenderlas, porque a mucha gente la masacraban en la Diez Oriente. El que da el primer combo masacra al otro a patada limpia en cara, y yo no lo puedo soportar. Es por eso que muchas veces tuve que intervenir, y como no era muy malo para los 'aletazos' me fui ganando el respeto de la gente. Aquí en la Diez Oriente sólo se respeta la fuerza, la argumentación no vale nada, usted se impone porque se la puede".



Reunión con el Papa Pablo VI, 4 de octubre de 1973

“...de la zona...”



Lebret con el Papa Paulo VI,
4 de octubre de 1973.

La leyenda del cura rojo

"Envíanos locos..."

Envíanos locos

O Dios, envíanos locos

Que se comprometen a fondo,

Que olvidan,

Que aman de otra manera que en palabra,

Que se entregan de veras y hasta el fin.

Necesitamos locos,

Irracionales,

Apasionados,

Capaces de saltar en la inseguridad:

Lo desconocido siempre más asombroso que la pobreza.

Necesitamos locos del presente,

Enamorados de vida sencilla,

Amantes de la paz,

Limpios de arreglines.

Decididos a no traicionar nunca,

Despreciando su propia vida,

Capaces de aceptar cualquiera tarea,

De partir a cualquier parte,

A la vez libres y obedientes

Espontáneos y tenaces

Dulces y fuertes.

O Dios envíanos locos.

Padre Louis Joseph Lebret
Religioso Doménico Bretón (Francés)
1897-1966

"Envíanos locos

O Dios, envíanos locos

Que se comprometen a fondo,

Que olvidan,

Que aman de otra manera que en palabra,

Que se entregan de veras y hasta el fin.

Necesitamos locos,

Irracionales,

Apasionados,

Capaces de saltar en la inseguridad:

lo desconocido siempre más asombroso que la pobreza

Necesitamos locos del presente,

Enamorados de vida sencilla,

Amantes de la paz,

Limpios de arreglines.

Decididos a no traicionar nunca,

Despreciando su propia vida,

Capaces de aceptar cualquier tarea,

De partir a cualquier parte,

A la vez libres y obedientes

Espontáneos y tenaces

Dulces y fuertes.

O Dios envíanos locos".

Padre Louis Joseph Lebret

Religioso Doménico Bretón (Francés)

1897-1966

Guido Lebret cumpliendo con el servicio militar.
Francia, 1946

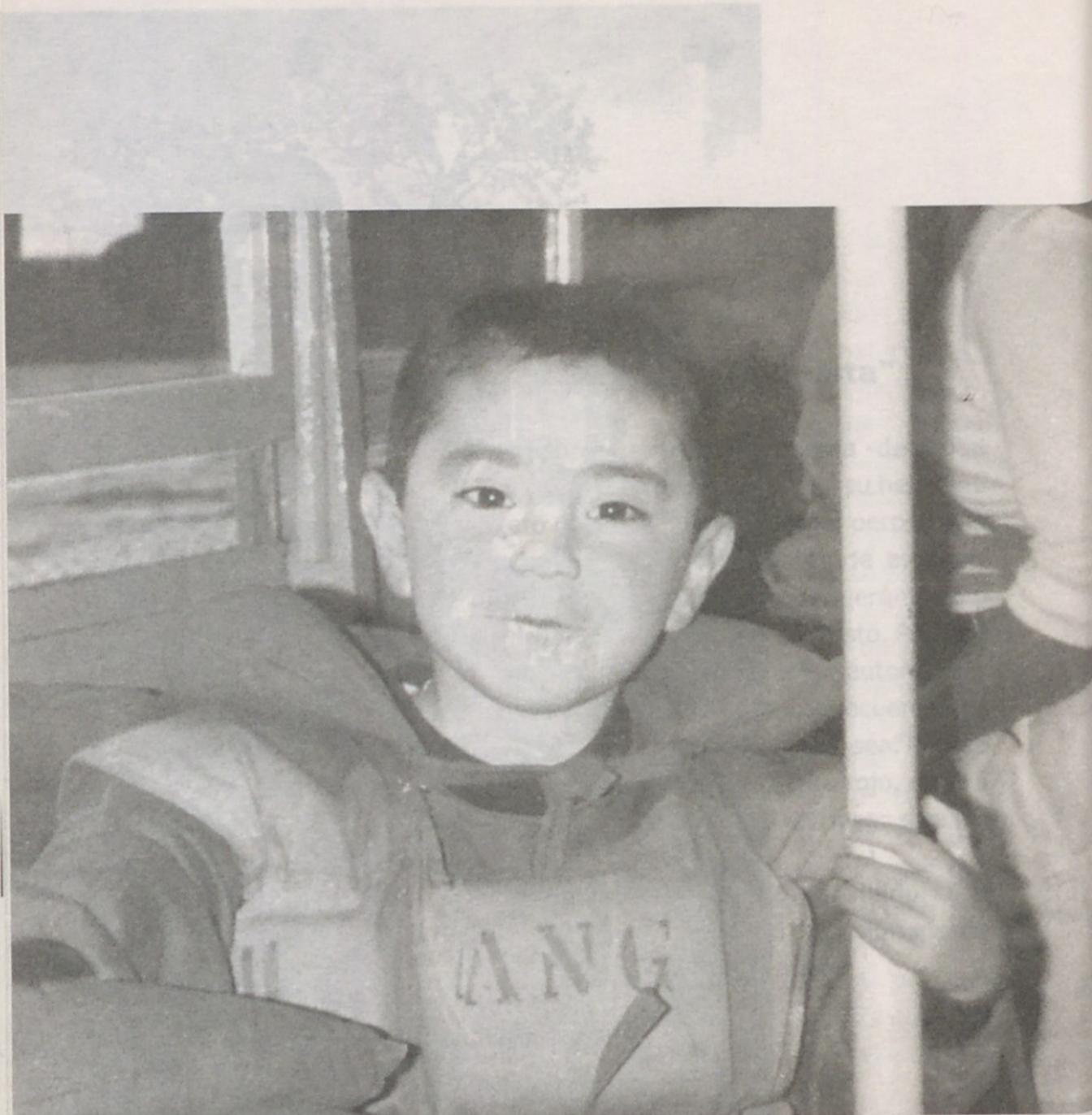
"Yo no he sido comunista ni marxista"

No sabemos si el padre Guido Lebret escribió este poema -de brutal espíritu libertario- para su hermano muerto en 1966, o si su hermano lo escribió para él. Es un secreto que se llevó a la tumba, pero que lo retrata a la perfección. Somos los primeros cronistas de este ser humano excepcional, que se auto define como un loco, querámoslo o no. Y que incomodó a medio mundo por lo que creía, era justo. Primero a los proxenetas de la calle Diez Oriente, después a las autoridades de ese momento traumático que vivió el país como consecuencia de la intervención militar en 1973, véase del signo político que sea. Porque el cura Lebret, tildado por sus antagonistas como el cura rojo, estaba del lado de los oprimidos, sean prostitutas, mujeres en riesgo social o perseguidos políticos.

"Todos los que son furiosamente antagónicos no han leído ni el Evangelio ni el Capital", dijo Lebret, para zanjar esa discusión eterna y esas persecuciones de las que era objeto. Punto aparte.



Guido Lebret cumpliendo con el servicio militar, Francia, 1946.



Guido Lebrét cumpliendo con el servicio militar.
Francisco 1944

Ángel significa mensajero, espíritu enviado por Dios para su mensaje, pero también es una cualidad: el ser bueno. Un ángel es custodio o de la guarda, pero siempre es el que Dios tiene señalado a cada persona. Y Lebrét tenía al suyo. Al menos así opina el hijo y familiar y demuestra convicción al atribuir este carácter al pequeño Eduardo Espíndola. Quien acompañaba al padre Guido Lebrét cuando vivió el accidente que les robó la vida a ambos, uno tenía 6 años, el otro 74. Uno era demasiado pequeño para advertir el tren que venía a sus postes de distancia, resoplando, el otro, quizás demasiado anciano.

Esa es la visión de las funeras acontecimientos del miércoles 17 de julio, que quince días después a los dos meses cae la tragedia.

¿Un ángel?

Aun siente dolor y a veces es como si todo fuera un mal sueño. "Es como una luz que se apagó en esta casa", me dice con pena y visiblemente afligida mientras se acomoda en una silla de su hogar de la villa Guadalupe, en el antiguo barrio sur de Talca. Es septiembre y afuera llueve fuerte, como si el invierno no quisiera dar paso a la primavera, por un día, tal como en apariencia fue la muerte de su hijo.

Eduardo cursaba el primer año básico del Colegio Manuel Loraín y en el mes de noviembre cumplió los siete, jugaba, era fanático de los Pókeros y de Diego Gall Z, como todos los chicos de su edad mirando el horizonte brillante que se veía recién en su vida. Algo quiso que este niño adoptara una personalidad marcadamente mayor para su edad. Tal vez porque vivió acompañado y de alguna manera sabía que el tiempo le

"Lo fui a dejar a la escuela ese día en la mañana, lo esperaba a almorzar, pero nunca pensé que no iba a volver...»

(Juana Delgado, madre de Eduardo Espíndola, el niño que murió junto al cura Lebrét)

La abuela del niño, Juana Delgado, dice que la familia vivía en la cocina del hogar donde una gran mesa dispuso a su alrededor los muebles, sillas y platos. Solía estar rodeada por cuatro tarros pintados de rojo, sellados y atados en la tapa a modo de alacena. Tenían una función que ayudó a la familia de Lebrét para la construcción del santuario para Lebrét y el niño muerto.

En esta casa, sin querer, todo gira en torno al recuerdo de cura Lebrét.

Angel significa mensajero, espíritu celeste criado por Dios para su ministerio, pero también es una cualidad: el ser bueno. Un ángel es custodio o de la guarda, pero siempre es el que Dios tiene señalado a cada persona. Y Lebret tenía el suyo. Al menos eso opina el mito popular y demuestra convicción al atribuir este carácter al pequeño Eduardo Espíndola, quien acompañaba al padre Guido Lebret cuando ocurrió el accidente que les robó la vida a ambos, uno tenía 6 años, el otro 74. Uno era demasiado pequeño para advertir el tren que venía a dos postes de distancia, resoplando, el otro, quizás demasiado anciano.

Esa es la visión de los funestos acontecimientos del miércoles 12 de julio, que guarda celosamente la madre de Eduardo, Juana Delgado, a dos meses de la tragedia.

Aún siente dolor y a veces es como si todo fuera un mal sueño. "Es como una luz que se apagó en esta casa", me dice con pena y visiblemente afectada mientras se acomoda en una silla de su hogar de la villa Pehuenche, en el modesto barrio sur de Talca. Es septiembre y afuera llueve fuerte, como si el invierno no quisiera dar paso a la primavera, por un capricho, tal como en apariencia fue la muerte de su hijo.

Eduardo cursaba el primer año básico del Colegio Manuel Larraín y en el mes de noviembre cumpliría los siete, jugaba, era fanático de los Pokémon y de Dragon Ball Z, como todos los chicos de su edad mirando el horizonte brillante que se abría recién en su vida. Algo quiso que este niño adoptara una personalidad marcadamente mayor para su edad. Tal vez porque vivió adelantado y de alguna manera sabía que el tiempo le iba a ser muy escaso.

Lalo era el único hijo de esta madre soltera, joven y sencilla, que vive rodeada de una familia que enmudece ante la tragedia tan cercana. La abuela del infortunado pequeño, la señora Margarita, fue "comadre" del cura Lebret lo que hacía que el vínculo fuera más fuerte. Era alto Eduardito para su edad, un metro y veinte centímetros, parecía de diez años, dice la familia reunida en la cocina del hogar donde una gran mesa dispone a su alrededor los muebles, artefactos, ollas y platos. Sobre esta mesa hay tres o cuatro tarros pintados de rojo, sellados y abiertos en la tapa a modo de alcancía. Tienen una inscripción que alude a la colecta de fondos para la construcción del santuario para Lebret y el niño muerto con él.

En esta casa, sin querer, todo gira en torno al recuerdo del cura francés

y de Eduardo, un niño muy tranquilo y travieso al mismo tiempo. Juana Delgado me dice que la libreta del colegio está llena de anotaciones como: "porfiado y muy distraído...", pero en la casa era tranquilo e independiente, un hombre grande que reemplazó con fuerza la ausencia de su padre. Recuerdan que con apenas seis años de edad era tan autosuficiente que si tenía hambre, se hacía él mismo un sándwich y punto...

Sueño de semana santa

"Estaba recién creciendo este niño que no era igual a otros, se lo puedo asegurar", -me dice su madre. "Tenía mucha personalidad, conversaba con la gente sin timidez como un niño mucho mayor. Para él, era fácil encontrar amigos..."

¿Cómo conoció al padre Lebret, cómo llegó el padre a trasladarlo a veces al colegio?

"Lo que pasa es que mi hermana contrató un transporte para sus hijos, entonces cuando Eduardo entró a kinder me lo recomendó. Con el tiempo supimos que se trataba del transporte del padre Lebret. Y esto para nosotros fue mejor, como era del padre lo podíamos ayudar. Pero supimos mucho después, fue una casualidad..."

¿Le guarda rencor al padre por no haber advertido el tren?

"No. ¡Cómo voy a tener rencor en contra del padre!. Si todo fue una casualidad..."

A su hijo le dicen el ángel, la gente lo conoce como el ángel que vino a buscar al padre...

"Puede ser, lo creo. Eduardito tuvo un sueño muy extraño en Semana Santa y fue algo que nosotros jamás lo relacionamos. Fue un día domingo en que yo no trabaja, así es que lo desperté y se enojó mucho. Y me dijo: mamá para qué me despiertas, si estaba soñando algo tan lindo. Y le pregunté: qué estaba soñando, y me dijo: estaba en el cielo con Dios... y qué más, le dije... Sabes mamá, en el sueño corría y corría y no me cansaba nunca. Y cómo era el sueño, le insistí, es que no te puedo explicar mamá..."

Un sueño de niño...

"Al día siguiente les conté a las otras mamás en el colegio y me dijeron que tenía que ser por la Semana Santa que los niños sueñan esas cosas. Pero lo que me llamó la atención es que Eduardito tenía muy grabado el sueño, tanto que se lo contó a casi todos sus compañeros. Recordaba muy bien todo lo que hizo allá arriba. El me lo sacaba en cara, eres pesada, me decía, ¿para qué me despertaste...?"

¿Recuerda con mucho cariño a su hijo?

"Imagínese usted que era mi único hijo, era el más chico de la casa, a parte del tata, los dos únicos hombres de la casa. No lo vamos a olvidar jamás..."

¿Es que su muerte fue tan de improvisado...?

"Lo fui a dejar a la escuela ese día en la mañana, lo esperaba a almorzar, pero nunca pensé que no iba a volver... el padre estaba viajando en la camioneta ese día porque el transporte escolar salía más tarde, y el padre por hacerlo mejor, para que almorzara conmigo y no anduviera paseando por Talca me lo trajo, pero no llegó... era tan niño tenía a penas seis años. Casi siempre me iba con ellos en el transporte en la mañana y después Eduardo volvía solo con el padre, a la hora de almuerzo. Si hubiese ido con ellos, quizás, yo habría advertido el tren..."

¿Uno era niño y el padre muy anciano...?

"Siempre saco conclusiones del accidente, sobre todo que ninguno de los dos reaccionó, uno porque era tan chiquito y el otro por la edad. No sabemos qué pudo pasar si siempre el padre atravesaba la línea por ese punto, y hasta con mal y buen tiempo..."

¿Usted fue bautizada por Lebret...?

"Sí, el padre Lebret me apadrinó cuando nací, pero cuando se fue para el Golpe Militar el certificado se perdió, así es que soy bautizada de nuevo...la prensa confundió las cosas, dijeron que el niño era ahijado del padre".

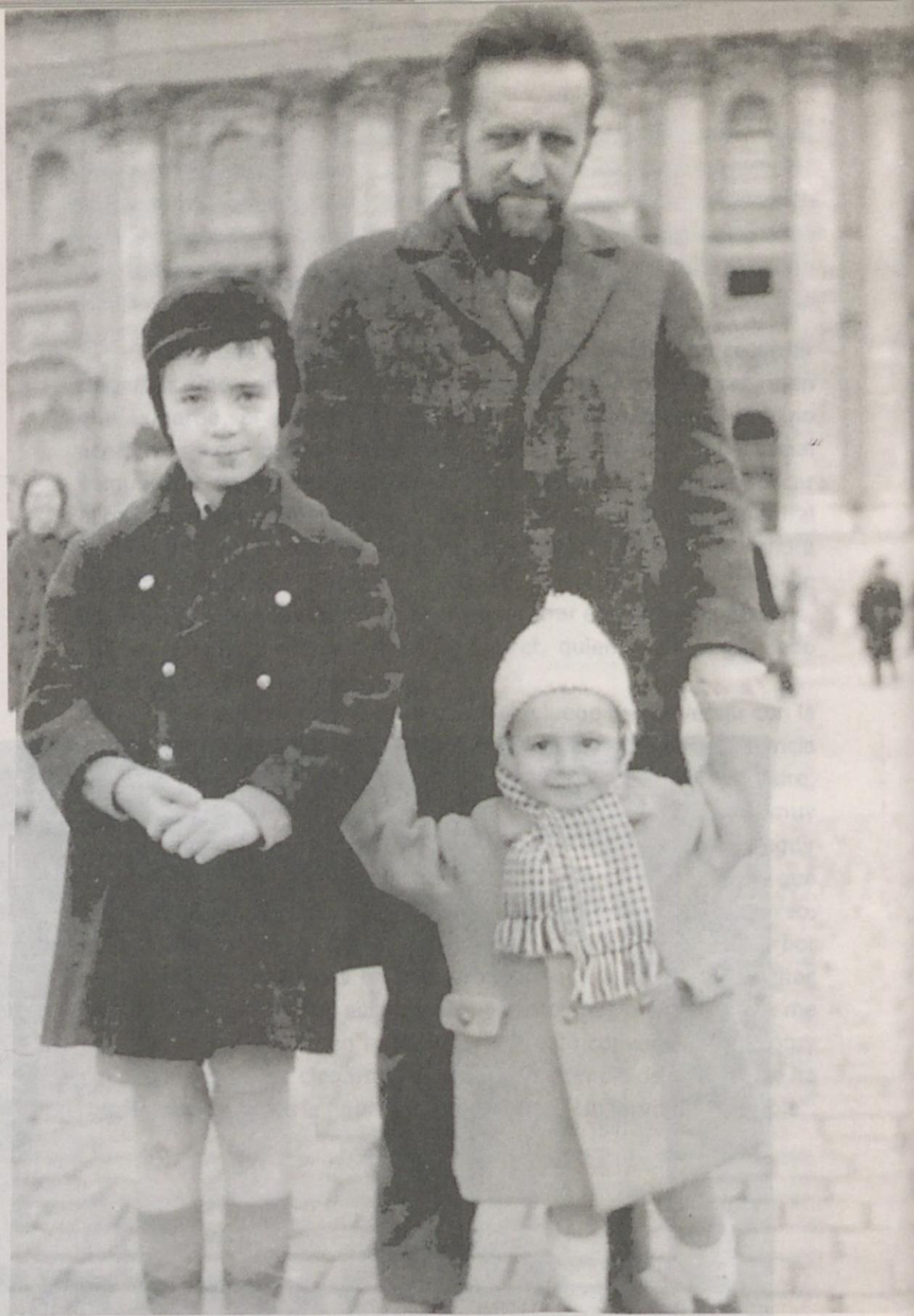
Apariciones y esperanzas

Pero esta familia de la villa Pehuenche prefiere no recordar tragedias sino pensar en la obra y el legado del padre Lebret, y en que Eduardo, el pequeño ángel, tuvo de alguna manera que no acertamos a comprender la suerte de irse con un hombre tan especial y aguerrido. Se insiste en que Eduardo fue un ángel que vino a buscar al padre y nadie se atreve a negar este hecho que parece sobrenatural y fuera de toda lógica. Se dicen muchas cosas del padre, la señora Antonia Seguel fue quien nos contactó con la familia de Eduardo Espíndola y quien ablandó el camino para entrar en ese hogar desecho. Tal vez guiada por el propio padre Lebret, quien desde algún lado dirige los destinos de este libro.

Recuerda la señora Antonia, a la que visité luego de conversar con la familia de Eduardo Espíndola, que esta teoría del ángel es una creencia popular muy arraigada: "Es que se dicen muchas cosas del padre, incluso una señora que vive cerca del cementerio me dijo hace muy poco que ha visto al padre cuando en la noche se levanta, para seguir trabajando como lo hacía en el hospital, visitando a los enfermos que él cuidó y que murieron. Y le contesté a esa señora, mire se lo creo, porque el padre no era una persona que pudiera estar quieta por mucho tiempo, entonces es muy probable que ande dando vueltas por ahí. Pero me insistió esta señora: Le estoy hablando en serio, me dijo, he visto al padre en la noche... Ella está convencida de algo y por eso lo ve, y cree ciegamente. Ese es un ejemplo del fervor que ha despertado en todos la figura de Guido Lebret. Un fervor indiscutible".



El niño Guido Lebret en su primera comunión.



El niño Guido Le Bret en su primera comunión.

SOLILQUIO
1900
2000

**¿Acaso la vida misma
no es un exilio?**

**A seis días del accidente que le costó la vida,
el padre Le Bret escribe este trozo de papel
que bien puede ser interpretado como una
premonición de su muerte física. Lo
transcribimos íntegro como epílogo de este
libro y dejamos en manos de usted, lector,
las conclusiones del hallazgo.**

Por extraño que pueda parecer no siento en el corazón ni odio, ni rencor, ni siquiera dolor por lo mal agradecido del comportamiento de muchas personas, porque nunca he buscado alabanzas ni agradecimientos humanos, que yo sé desde mucho tiempo por los Salmos esto de "Ay del que pone su confianza en el hombre" y que más tengo contacto con la humanidad y más quiero a mis abejas, ^{que,} y por fin, me falta mucho menos ya para morir y estar en el único lugar que me interesa, después de una vida entera de exilio y de exilios sucesivos desde la edad de los cinco años a la fecha, setenta y cuatro años ¿Acaso la vida misma no es exilio?

Sigue más que antes la preocupación de San Pablo: "Ay de mí si no anuncio el Evangelio de Jesucristo y no puedo dejar de lado mi obligación de seguir evangelizando y dejarme evangelizar y reemplazarla por la cómoda fuga que me aconsejaron, varios para evitarme problemas y vivir en paz, como si la paz consistiera en dar una bofetada pontificada por rabioso: "déjame en paz" o en la cobardía de huir de lo complicado y angoroso en las responsabilidades que Dios le ha confiado a uno.

Sigo pues en la misma huella, la de la verdad y la defensa de sus derechos contra viento y marea, esperando con paciencia la hora de Dios, del Espíritu que ilumina y solo confiere la gracia del discernimiento. Si esto me hace perder amigos, bien poco importa, porque un amigo que no quiere oír la verdad, o lo quiere comprar a uno, no ha sido nunca el amigo verdadero que busca la verdad, los derechos y el respeto de los derechos de todos, con el progreso espiritual correspondiente. O si no es prostituirse no es amar.

G. Le Bret

SOLILOQUIO

Talca, 6 de Julio de 2000

"Por extraño que pueda parecer no siento en el corazón ni odio, ni rencor, ni siquiera dolor por lo mal agradecido del comportamiento de muchas personas, porque nunca he buscado alabanzas ni agradecimientos humanos, que yo sé desde mucho tiempo por los salmos esto de 'Ay del que pone su confianza en el hombre', y que más tengo contacto con la humanidad y más quiero a mis abejas, y que por fin, me falta mucho menos ya para morir y estar en el único lugar que me interesa, después de una vida entera de exilio y de exilios sucesivos desde la edad de los cinco años a la fecha, setenta y cuatro. ¿Acaso la vida misma no es un exilio?

Sigue más que antes la preocupación de San Pablo: 'Ay de mí si no anuncio el Evangelio de Jesucristo' y no puedo dejar de lado mi obligación de seguir evangelizando y dejarme evangelizar y reemplazarlo por la cómoda fuga que me aconsejaron varios para evitarme problemas y vivir en paz, como si la paz consistiera en dar una bofetada (...) por rabioso: 'déjame en paz' o en la cobardía de huir de lo complicado y engorroso en las responsabilidades que Dios le ha confiado a uno.

Sigo pues en la misma huella, la de la verdad y la defensa de sus derechos contra viento y marea, esperando con paciencia la hora de Dios, del espíritu que ilumina y solo confiere la gracia del discernimiento.

Si esto me hace perder amigos, bien poco importa, porque un amigo que no quiere oír la verdad, o lo quiere comprar a uno, no ha sido nunca el amigo verdadero que busca la verdad, lo derecho y el respeto de los derechos de todos, con el progreso espiritual correspondiente. O si no es prostituirse no es amar."

Guido Le Bret

Acto de ofrenda al Amor Misericordioso

Con el fin de vivir en un acto de perfecto amor me ofrezco como víctima de holocausto a Vuestro amor misericordioso, suplicándoos, ó Jesús mío, de consumirme sin cesar, dejando rebosar en mi ^{alma} los torrentes de ternura infinita ~~de vuestro amor~~ que están encerrados en Vos y que llegue yo a ser ^{mártir} ~~víctima~~ de Vuestro amor, ó mi Dios.

Que este martirio, después de haberme preparado a: presentarme delante de Vos, termine por hacerme morir y que mi alma se lance sin tardar en el eterno abrazo de Vuestro misericordioso amor.

Quiero ó mi bien amado, a cada latido de mi corazón volver a decirle esta ofrenda un número infinito de veces hasta que, habiéndole ^{desvanecido} ~~desvanecido~~ las sombras, pueda volver a decirle mi amor en un eterno ~~face~~ cara a cara.

Padre mío me abandono a ti, haz de mí lo que ^{tu quieras} ~~quieras~~ cualquier cosa que hagas de mí te agradezco; estoy listo para todo, acepto todo, con tal que tu voluntad se haga en mí, en todas tus creaturas. Yo no deseo ^{ninguna} ~~otra~~ cosa Dios mío, ^{encomiendo} ~~entrego~~ mi alma entre tus manos, te la doy con todo el amor de mi corazón porque te amo y que para mí es una necesidad de amor de darme ^{de entregarme} ~~de ponerme~~ en tus manos sin medida, con una infinita confianza, porque eres tú mi Padre.

Acto de ofrenda al amor misericordioso

"Con el fin de vivir en un acto de perfecto amor me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor misericordioso, suplicando, ó Jesús mío, de consumirme sin cesar, dejando rebozar en mi alma los torrentes de la ternura infinita encerrados en Vos y que llegue yo a ser mártir de Vuestro amor, ó mi Dios.

Que este martirio, después de haberme preparado a presentarme delante de Vos, termine por hacerme morir y que mi alma se lance sin tardar en el eterno abrazo de vuestro misericordioso amor.

Quiero, ó mi bien amado, a cada latido de mi corazón volver a decirle esta ofrenda un número infinito de veces, hasta que, habiéndose desvanecido las sombras, pueda volver a decirle mi amor en un eterno cara a cara.

Padre mío me abandono a tí, haz de mí lo que te plazca, cualquier cosa que hagas de mí te agradezco; estoy listo para todo, con tal que tu voluntad se haga en mí, en todas las creaturas. Yo no deseo ninguna otra cosa Dios mío, encomiendo mi alma entre tus manos, te la doy con todo el amor de mi corazón, porque te amo y que para mí es una necesidad de amor, de darme, de ponerme en tus manos sin medida, con una infinita confianza, porque eres tú mi Padre."



Guido Lebret 1946

Este libro contiene vibrantes y emotivos testimonios de quienes conocieron al padre Guido Lebret, además de fotografías y documentos nunca revelados que dan forma a la primera crónica sobre el sacerdote más querido y polémico de Talca. El autor es periodista y se desempeña actualmente como Editor de Reportajes de diario El Centro.

Es extraño que pueda parecer no
siente en el corazón mi odio, mi rencor, mi siquiera dolor por
lo mal agradecido del comportamiento de muchas personas,
porque nunca he buscado alabanzas ni agradecimientos humanos,
que yo sé desde mucho tiempo por los Salmoos esto de "Ay del que
hoy se confía en el hombre" y que más tengo contacto con la
humanidad y más quiero a mis ^{que} alejados, y por fin, me falta mucho
más ya para morir y estar en el único lugar que me interesa, después
de una vida entera de exilio y de exilios sucesivos desde la edad de
los cinco años a la fecha, setenta y cuatro años distintos la vida misma no es exilio?

F. de B. G.